

Nº 3
MODESTO V. MEDINA

ANÉCDOTAS

DEL

General DOMINGO F. SARMIENTO



BUENOS AIRES

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS
1899

13
ANÉDOCTAS

DEL

General DOMINGO F. SARMIENTO

COMPILADAS Y REDACTADAS

POR

BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR

MODESTO V. MEDINA

81.475

52.880



BUENOS AIRES

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

1899

ADVERTENCIA

La vida del general don Domingo Faustino Sarmiento es fértil en anécdotas de todo género:—con ellas podría formarse un entretenido y abultado volumen sin incluir aquellas que por su carácter hirientes y aún obscenas la pluma se resiste mencionar, lo mismo que ciertas rarezas ó dichos agudos y picantes que no es posible imprimirle el sello peculiar y exclusivo del autor.

Las que forman este opusculo han sido arrancadas al azar del cuaderno donde se registran las que he logrado recoger en las tertulias literarias, revistas, diarios, y libros no sólo referentes al *viejo luchador*, cuya memoria se conserva viva y fuerte en el corazón de todos sus compatriotas sino también á personalidades de la talla del General Bartolomé Mitre de

quién se citan múltiples anécdotas curiosísimas; Adolfo Alsina; Miguel Navarro Viola; Nicolás Avellaneda; Lucio V. López; Pedro Goyena; Carlos Guido y Spano; Eduardo Wilde que hoy surge de nuevo á la vida pública para desgracia del país y cuya existencia modesta, oscura casi en un principio y luego después fastuosa y principesca, está tapizada de historias interesantes, ocurrencias magníficas, críticas finísimas y preciosas; Manuel Lainez cuya pluma fácil y sabrosa, espiritual y satírica es la primera del diarismo argentino contemporáneo y Lucio V. Mansilla verdadero archivo de episodios, el más fino y elegante *causer* que cuenta en su vida militar, política, social y *tourista* innumerables frases y anécdotas llenas de vivacidad y saturadas de sus aticismo encantador.

La publicación de estas últimas depende de la acogida que tenga el presente folleto.



En una de las épocas de gran pobreza que pasó, obtuvo el cargo de mayordomo de una chacra, en Chile; el dueño decía á sus relaciones: « Tengo un loco muy divertido que se pasa leyendo en voz alta entre los árboles y lo que se le pregunta para qué estudia, contesta que para ser gobierno » (gobernante quería decir).

* * *

Cuando Sarmiento empezó á figurar en Chile, donde se le recordaba con verdadero cariño por sus varias y nobles iniciativas, entre los muchísimos que lo miraban con desprecio por su falta de correcto estilo y, más que todo, por su pobre apariencia física, estaba un señor Godoy con quien sostuviera una larga polémica por la prensa.

Ese señor había dicho de Sarmiento que, si le daban vuelta los bolsillos y se los sacudían, no caería ni un centavo.

A esto le contestó Sarmiento que, si al señor Godoy lo tomaban de los pies y lo sacudían con la cabeza para abajo, no le caería ni una sola idea.

* * *

Respecto á su discurso sobre la bandera, contestando á un elogio, dijo conversando con algunos amigos.

« Como se creía insuperable el discurso de la Corona por Demóstenes, me propuse hacer uno mejor, y allí está ese á nuestra bandera ».

En otra conversación.

« Aunque el mundo se hunde yo hé de quedar de pié sobre sus ruinas, por que soy hombre de carácter ».

* * *

Enviado Sarmiento por el Gobierno de Chile en comisión al extranjero, se dice que, al emprender viaje, repartió su retrato con estas palabras :

Domingo Faustino Sarmiento, futuro Presidente de la República Argentina.

* * *

Siendo diputado al Congreso defendía la moralidad pública ; entonces un joven diputado porteño, que ha figurado en primera fila hace poco tiempo, se levanta y dice que carece de fuerza la palabra del señor Sarmiento, porque para tener autoridad es necesario ser puro y él ha hecho en tal y cual tiempo esto, y aquello.

Sarmiento sin alterarse y seguro del triunfo, llama al ordenanza y le dice : Tráigame un vaso de agua.

— Con limonada señor, o con azúcar.....

— No, con un poquito de tierra en el plato.

Aunque sorprendido, obedeció el ordenanza.

Cuando le presentaron el agua, Sarmiento dijo :

— Ven, señores, esa agua cristalina ? — es porque aun no ha servido para nada : así es el señor diputado. Esa mis-

ma agua se ensucia con un solo grano de tierra que le eche y así queda el agua cuando ha servido de algo.

Tambien cuando el agua empieza á bajar de las altas cumbres es cristalina; pero luego se convierte en torrente que fecunda valles y lleva la vida á vastas regiones hasta formar inmenso río, que sirve de vía á millares de naves; entonces el agua ha perdido su primera claridad. Así son los hombres generalmente.

La Cámara aplaudió y Srmiento quedó triunfante con esta inesperada salida que desconcertó al otro jóven diputado.

* * *

Durante su presidencia quiso poner á precio la cabeza de López Jordán, el popular caudillo entrerriano, y muchos que lo creían capaz de llevarse todo por delante para realizar sus propósitos, pensaron que por cualquier medio estaría resuelto á matar á Jordán; pero han quedado testigos que prueban que en este caso y como siempre Sarmiento jamás pasaría sobre las leyes ó el Congreso, mostrándose así grande y honrado hasta en sus errores.

El señor Floriano Zapata, distinguido periodista entrerriano, dice, ocupándose de este hecho, lo siguiente:

« Es sabido que Sarmiento, siguiendo prácticas norteamericanas, puso á precio la cabeza de López Jordán, en un proyecto que envió á las Cámaras Nacionales, y que éstas tuvieron el buen sentido de no sancionar; pero lo que usted talvez no sepa, como no lo saben muchos, es lo siguiente, que voy á referirle, para probarle que, si Sarmiento quería la cabeza de López Jordán, la quería por medio de una sanción legislativa que tuviera visos de legalidad y justicia.

« Estando yo una noche en casa de don Reynal Villar, en Buenos Aires, se presentó un jovén francés no mal pa-

recido, y pidió hablar con el señor Villar á solas. Este le contestó que podía decir cuanto quisiera delante de mí, que era persona de su íntima confianza. El francés entonces explicó en breves palabras á lo que allí iba, y que no era á otra cosa que á pedirle al señor Villar una tarjeta de presentación para el Presidente, porque había venido de la República Oriental expresamente á entenderse con él para matar á López Jordán. El coronel Villar se negó rotundamente á darle lo que pedía, y el francés se retiró diciendo que de cualquier modo procuraría ver al Presidente á fin de concertar el plan de asesinato que premeditaba.

« A los días después de esto volvió el francés á casa del coronel Villar, y mohino y abatido nos refirió que había estado con el Presidente de la República, quien, nos dijo, lo había tratado malísimamente, que no quería saber nada con los *señores asesinos*, porque él, Sarmiento, al poner precio á la cabeza de López Jordán, no había querido mandarle matarle por su cuenta y autoridad, sino por ministerio y mandato de una ley nacional ; que por consiguiente, mientras ésta no se dictase, perdían su tiempo los oficiosos, matadores en ofrecerle su puñal y corrían riesgo de ir á parar á la cárcel desde su casa.

Algo más tarde supe que este joven francés se había puesto de acuerdo con ciertas personas para llevar á cabo su siniestro plan, y que, cuando se preparaba á pasar á Entre Ríos desde Eray Bentos, fue muerto de un balazo por un empleado del Resguardo de ese punto, á consecuencia de una acalorada disputa que ambos tuvieron. Arcanos del destino ».

* * *

con el título de « La Educación en la Pampa », tomamos los siguientes párrafos.

« D. Nicolas Antonio Calvo, escritor fecundo y de fibra, redactaba la *Reforma Pacífica*, diario, órgano del partido *Chupandino*, como le habían motejado en aquella época, y opositor de consiguiente al *Pandillero*, á que estaban afiliados Sarmiento, Mitre, los Elizalde, Gelly y Obes, el general Hornos, coronel García, Alsina y otros tantos. Por supuesto que la que la juventud menuda en que formábamos nosotros no perdían las reuniones del *Club Liberal* y en el cual, en una de sus asambleas, vi entrar al ilustre veterano de los ejércitos de la independencia, general D. Gregorio Araóz de Lamadrid, que fué presentada con honor por el mayor D. Tomás Vila, siendo recibido el valiente patrício con merecidos y entusiastas vítores.

« Sarmiento y Calvo, desde sus respectivos diarios *El Nacional* y la *Reforma Pacífica*, arrojaban balas rojas, en defensa de sus referidos partidos. El original é incisivo estilo de Sarmiento producía ronchas en los *chupandinos* y en Calvo particularmente, quien en la *Reforma* devolvía ojo por ojo diente por diente.

« Un día, por la mañana nos encontrábamos en aquella vieja y pobre redacción de *El Nacional*, ubicada en el segundo patio de la casa, conversando con el malogrado Dr. Benjamin Llorente, corrector del diario, el que nos indicaba un artículo de la *Reforma Pacífica*, contra Sarmiento con el título de: *Domingo Sarmiento, maestro Ciruela que no sabe leer y quiere poner escuela*: en ese instante sentimos el ruido del bastón de Sarmiento, que venía, pues era costumbre del educacionista golpear el piso con él, cuando caminaba.

Al darnos los *buenos días amiguitos*, con la llana franqueza que le era habitual, le pasamos la *Reforma Pacífica* y el Dr. Llorente suspendió unas pruebas que corregía y mirando á Sarmiento con su cara impasible pero con malicia, esperó el resultado de la revista que hacía; cuando

sus ojos vieron el epigrafe del artículo de Calvo, no pudo menos que exclamar levantando en alto el diario — con aquella viril vehemencia que era el rasgo típico de su carácter:— *Le he de probar á ese melenudo de los diablos que he de llevar la educación al corazón de la pampa!* »

Despues de lo narrado pueden los lectores imaginarse el efecto que, en muchos producirían esas pretensiones de Sarmiento, que en aquel tiempo carecía de nombre, de autoridad y de todo.

Por aquella época los indios recorrían triunfantes gran parte de lo que hoy es la provincia de Buenos Aires, y aquella afirmación de Sarmiento entonces era una verdadera locura.

* * *

En el banquete con que se obsequió en la Casa Rosada al General Roca, despues de la victoria de Santa Rosa, se hallaba colocado el Presidente de la República, Sr. Sarmiento al lado del Dr. Francisco Pico, Procurador General de la Nación en aquella época

Ambos ancianos, gozaban de la sordera más completa y mas canalla; eran sordos como tapias, sordos como los que no quieren oír.

Tenían enfrente á un general que no queremos nombrar porque ha muerto (paz á sus cenizas). De repente el Dr. Pico se inclina hacia el Sr. Sarmiento y le grita en secreto una pregunta que fué oída de todos, estableciéndose ~~en~~ mayor secreto para escuchar el siguiente diálogo:

Pico.—¿ Quien es aquel general ?

Sarmiento.—El general X.....

Pico.—¿ Dónde ha peleado ?

Sarmiento.—Eu ninguna parte.

* * *

Sarmiento no sabía latin. Cuando Tejedor se lo preguntó, le dijo que sólo sabia latines.

Sin embargo, con la traducción francesa al lado y gracias á las muchas frases que conocía, solía dar con el significado de las palabras.

Un día que el viejo Velez lo había chichoneado largo rato con su ignorancia de nuestra lengua madre, Sarmiento juró vengarse. A la noche siguiente entregó á una hija de Velez una carta para éste, encareciéndole que observase la fisonomía de su padre durante la lectura.

En la primera linea Velez se puso grave, serio: en la segunda su atención tomó un carácter solemne, magestuoso: al mediar la tercera, estalló en una carcajada estruendosa en las narices de la hija que seguía atentamente los despliegues de la cara de su padre.

Recién en la tercera linea había caido Velez que la carta estaba zurcida con frases de Ciceron tomadas de la colección que corre en mano de los estudiantes.

* * *

Gozaba de la intimidad de Sarmiento, que la concedía á pocos, un conocido caballero, enriquecido por una especulación en bacalao, retirado de los negocios y en relación de amistad con los hombres públicos de su tiempo.

Una noche discutiáse de política internacional en el modesto comedor del gran hombre, y el ex-negociante se disponía á terciar en la conversación.

—No, dijole con gravedad cómica el dueño de casa. Oiga usted, mi amigo: en cuestiones de bacalao es usted un Metternich, pero en cuestiones de estado, es usted un bacalao.

Cuando era redactor de *El Nacional*, sostenía una polémica con los redactores de *La Patria Argentina*, y como la hacía con frecuencia, empleaba términos picantes, entre éstos el de *cagatintas* dirigido á sus contrarios. El director de *El Nacional*, que lo era Don Samuel Alberú, le dijo que por qué no cambiaba esa palabra por *tinterillos*. Sarmiento se opuso. Entónces el director le dijo: ¿y que diferencia hay entre *tinterillo* y *cagatintas*?

—Quiere usted saberlo? —Pues, ésta:—que usted es un *tinterillo* y *cagatintas* son los *Gutierrez*.

* * *

Lo siguiente pasa en 1880 y es rigurosamente histórico.

En ese año la lucha electoral fué tan encarnizada como sangrienta y eran varios los candidatos que aspiraban á reemplazar al Dr. Nicolás Avellaneda en la Presidencia de la República; el Dr. Carlos Tejedor, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires; el general Julio A. Roca; el Dr. Santiago Laspiur, ciudadano austero é ilustrado pero sin un poderoso prestigio y don Domingo F. Sarmiento cuya candidatura era auspiciada por un grupo selecto y numeroso (1).

En cierta ocasión y en una rueda de amigos, uno de ellos, haciendo eco del sentimiento público, decía al Sr. Sarmiento:

— Señor, Vd. es el hombre capaz de poner en orden estas cosas; su nombre es pronunciado con respeto y sim-

(1) Fuera de los mencionados existian otras personalidades al rededor de cuyos nombres se hicieron algunos trabajos, tales como el Dr. Manuel Quintana y el Dr. Bernardo de Irigoyen á quien con justicia se le distinguia con el título de *el Candidato de las Morales*.

patía por todas partes; su candidatura hace camino en la opinión.

— Todo me dicen lo mismo, contestó Sarmiento; pero es el caso que los caudillitos no me quieren ¿ Y sabe Vd. por qué no me quieren ?

« Por que soy vaca que nó da leche y se mueren de flaco los terneros. »

* * *

Leía Sarmiento á un grupo de los que lo habían proclamado candidato á Presidente para el periodo 1880-86, su programa de gobierno.

El Dr. Aristobulo Del Valle que era uno de los presentes y que escuchaba con marcada atención la lectura de ese documento interrumpió al lector cuando llegó á la parte que dice *Renovación de los poderes públicos, por la elección, con exclusión de todo otro medio*, preguntandole con toda malicia que quién haría esa elección.

Sarmiento sin inmutarse, rápido y comprendiendo todo el *alcance* de la pregunta formulada se limitó á decir sencillamente *por usted y por mi*.

* * *

Un jóven Salas, (José Antonio), que visitaba con frecuencia á Sarmiento, al recibirse de médico le dedicó la tesis y, cuando la hizo imprimir, á él fué el primero á quien se la mandó.

A los pocos días el jóven Salas va á verlo esperando que le dijera algo de su trabajo.

— He recibido tu tesis, le dice Sarmiento, pero aún no

la he leido; vuelve dentro de tres días que ya la habré visto.

A los tres días vuelve el joven doctor seguro de que Sarmiento le había hecho el honor de leer su trabajo.

Cuando llegan al asunto, Sarmiento le dice:

— He leido tu tesis; no tiene errores de ortografía.

— Y qué piensas hacer ahora que eres médico?

— Me voy á Mendoza, señor.

— ¡No hombre! ni lo pienses. Los mendocinos son nuestros. Andate á Chile.

* * *

La prodigiosa actividad de Sarmiento no reconocía límites y todo lo hacía personalmente, por hábito y por placer; y como todos los hombres que han tenido que remover grandes obstáculos para abrirse paso, el general es de infinitos recursos. Cuento al caso; por 1886 en Mendoza hay reunidas centenares de personas ocupadas en deliberar como se ha de proveer de agua no infectada á la población. El Dr. Gil habla del asunto en un telegrama, como pidiendo consejo; el general lo sabe y de pronto exclama: Mendoza está sembrada de alambiques; que calienten en ellos el agua y la tendrán á torrentes. Como aquel derrotado que en la fuga se volvió avergonzado á buscar al campo de la acción la espada que llevaba en la mano castigando su caballo, así los mendocinos en su pánico no atinaban á darse cuenta de lo que tenían para salvarse. Se trataba de colchones y nadie sabe como adquirirlos baratos y higiénicos. Pues corten paja de ciénago, les dice y hacen colchones por millares; es barato é higiénico.

La familia del ilustre Dr. Vélez Sarsfield, en Córdoba, cumplía un día el penoso deber de dar sepultura á uno de sus difuntos. Estaba ya el ataúd en el cementerio y se

había olvidado de inscribir el nombre de la finada. Se trajo un pedazo de tiza; pero el general notó que no era aquello lo que se necesitaba, y observando que el cajón tenía en la parte superior una placa de metal, pidió una tijera (lo mismo hubiera sido un corta-plumas) y trazó con hermosos caracteres un epitafio que lleva al pie *Sarmiento sculptit, á la usanza de los latinos.* (1)

* * *

Sarmiento fué un hombre honrado. Murió pobre, pobre como había nacido, pobre como había vivido.

Y sin embargo, fué varias veces administrador de la fortuna pública, varias veces Ministro, fué Senador, fué Presidente de la República.

Qué lección ! qué ejemplo !

Miramos hacia arriba, y nos avergonzamos de que esa lección no parezca encontrar muchos discípulos, ese ejemplo muchos imitadores.

El pasó como un trauseunte por la vecindad de las arcas públicas, sin sentir siquiera la tentación de detenerse.

No lo dominó nunca la concupiscencia brutal del dinero, no hizo nunca presa en su alma la garra feroz de la codicia.

Por eso ha muerto pobre, tan pobre de dinero como rico de génio y de nombradía.

La siguiente anécdota, demuestra el caso que hacia Sarmiento de ese dinero, tan codiciado.

(1) Este episodio lo cortamos de un bello artículo contenido en el libro *Siluetas Contemporáneas* del que es autor el distinguido periodista D. Pascasio Lascano y en el cual con singular donaire narra la vida íntima de

Encontrándose el doctor Lucio Vicente Lopez, entonces encargado de la redacción de *El Nacional*, en casa de Sarmiento, pidiole este que le buscara un articulo del Código Civil.

Mientras lo hacia, el doctor Lopez encontró no sin sorpresa entre sus páginas cuatro papeles de *cinco mil pesos* moneda corriente y le comunicó el hallazgo.

Sostuvo Sarmiento que eso no era suyo, pero, apremiado por las instancias del doctor Lopez, comenzó á pensar sobre la procedencia probable de ese dinero y recordó que cuatro años antes, siendo Presidente de la República, estaba él leyendo el Código Civil cuando se presentó el habilitado á abonarle el sueldo.

Distraídamente Sarmiento había puesto los veinte mil pesos entre el libro y no había vuelto á pensar en ellos.

El rasgo pinta al hombre,
